

**CARLOS VALLEJO,**  
**Oficio de navegantes**  
 Quito, Ministerio de Cultura,  
 2010, 66 pp.

Si bien todos los elementos en la naturaleza están ligados unos a otros, tendemos a olvidar que dicha conexión se extiende al arte y a las vivencias que, por medio de él, expresamos. Dentro de tales vínculos, estoy convencida de que no existe uno más evidente que la proximidad entre el mar y las palabras. No soy la primera en notarlo y, por supuesto, no seré la última persona que lo haga.

Borges ya lo dijo, mejor que nadie, cuando afirmó que la poesía debe “tocarnos físicamente, como la cercanía del mar”. Y menciono esta relación porque el nuevo libro de Carlos Vallejo, *Oficio de navegantes* (Premio César Dávila Andrade, 2009, Ministerio de Cultura del Ecuador), da testimonio del recorrido que hace el poeta por las “oscuras magnitudes” de la creación, cuyo punto de llegada jamás ofrece certezas de tierra firme.

La voz poética se identifica con un navegante que recorre, acompañado de sus instrumentos (las palabras, el dolor y las dudas), un universo donde la imposibilidad de arribar es el móvil para seguir en esa búsqueda que es el oficio y que solo el poeta puede emprender desde su imperiosa soledad. Pero detrás de la mencionada exploración hay otra más profunda y –sin duda– más comprometida: la de sí mismo. Así, la travesía hacia lo desconocido supera al metalenguaje pues, sin abandonar su territorio, lo trasciende para indagar otras insulas en donde alguien “abre

una puerta / vuelve a llenar de pájaros su corazón”.

Y son estos pájaros los que impulsan al navegante a continuar, aún sabiendo que la poesía no le dará felicidad ni otros frutos, y dan cabida a una erótica del lenguaje, donde la amada también es la palabra, al mismo tiempo que el objeto del deseo: “Tu piel hecha de cántaros, mi lengua labrada en la sed [...] y, enredados en la brisa, nos demoraba un beso”.

Mundos paralelos se superponen en este libro. Son independientes en sí mismos y, sin embargo, comparten el dolor de escribir; ese antiguo dolor que Dávila Andrade evidenciara en su poesía y que no ha perdido vigencia en la preocupación de los creadores del nuevo siglo, pues las inquietudes del ser humano –como lo afirma Arthur Miller– no son distintas de un lugar a otro y, como bien completa Gabriel Chávez Casazola, tampoco lo son de un tiempo a otro. Esto es, justamente, lo que universaliza a la poesía, sumado al placer estético de la escritura, que es también la celebración de la vida, pese al dolor que toda existencia (y todo acto creativo) acarrea en su condición esencial:

Cómo iba a avistar el espio, la tormenta,  
 si el sol era pan en nuestro laberinto,  
 y, en la campiña,  
 las vides se avergonzaban del secreto  
 vino  
 tras tus vestidos.

La travesía por la poesía y por la vida es una sola. De lo contrario, el oficio del navegante sería fingido. De ello está convencida la voz que quiere, por ejemplo “callar las palabras hasta

anular sus distancias” para que sean “un extraviarse en el espacio vencido”. Una vez más, ecos de Dávila Andrade se dejan entrever en esta poética que no niega su pertenencia a una tradición.

Cuatro son las secciones en que el autor ha dividido al libro: I. Las oscuras magnitudes, II. Los instrumentos, III. Fe de conquista, IV. Las ínsulas. De todas ellas, creo que la más poderosa es la primera, no porque las demás pierdan aliento, sino porque en ella están presentes los ejes esenciales de todo el libro: la imposibilidad de “decir” que tiene la poesía, “ese fruto urgente enquistado en el vacío [...] frágil verbo, aún sordo, aún [...] dice “mano”, pero es agua...”; la conciencia del decir solitario, “un gemido que, cansado de lo mismo [...] trazó un agujero, escapó de Dios...”; el aislamiento del poeta que “se sienta, ensimismado, a escuchar sus pájaros”; el viaje hacia la nada que supone la escritura, “palabras impronunciables que se esconden y viajan contracorriente” junto con el deseo de encontrar una comunión con otros seres, “poder decir el poeta: esta es mi casa, ven, hermano, ten un vaso de agua”...

Ecos, también, de César Vallejo en este dolor del poeta solitario que no encuentra un lugar en el mundo, del navegante que ha probado las delicias de la vida, pero que no puede retenerlas porque su búsqueda es más ambiciosa y, por tanto, imposible: lograr decirlo todo, abarcarlo todo y descubrir, en el camino, que las palabras no bastan.

**MARIALUZ ALBUJA BAYAS**  
TALLER LITERARIO PALACIO(I)CAZA  
DE PALABRAS,  
ÁREA DE LETRAS UASB  
QUITO, 2011

**RAÚL VALLEJO,**

***El alma en los labios,***

Quito, Gobierno de la Provincia  
de Pichincha,  
Colección Cochasquí, 2011,  
3a. ed., 264 pp.

La vida, pasión y muerte del poeta guayaquileño Medardo Ángel Silva es el motor de esta novela de Raúl Vallejo; sin embargo, no es una novela histórica en el sentido tradicional del término. Pues no está maniatada por la reconstrucción física de la época, el movimiento realista de los personajes ni por la sujeción subalterna a las fechas. Es más bien una novela histórico-poética; pero, eso sí, no al extremo que lleva las armas lingüísticas y la imaginación fosforescente de Enrique Molina en *Una sombra donde duerme Camila O'gorman*, o Margarita Yourcenaar con su clarividencia e información histórica apabullante en sus *Memorias de Adriano*, por poner dos ejemplos. A lo mejor porque a Vallejo no le interesaban esos extremos.

El título de *El alma en los labios*, las cuatro unidades narrativas de la primera “estancia”, las dos de la segunda y, antes, la única unidad del “interludio” son enunciados poéticos tomados de la obra de Medardo Ángel Silva Y, más aún, el discurso narrativo es poético, en cuanto Vallejo elige como narrador principal a Jean d'Agreve, el alter ego de Silva. Y lo asume, lingüísticamente, con solvencia y eficacia innegables.

Es en la construcción de este discurso donde reside, para mí, la notable sabiduría narrativa y lingüística del escritor guayaquileño. Un discurso que entra y sale de la materia física y síquica de la novela como Pedro por su casa,